

ESPAÑA Y EL MUNDO ARABE

PARA comprender el «fenómeno» de los pueblos árabes, es decir, la actitud pasiva de esos pueblos ante los actuales problemas del mundo, tal vez baste con recorrer la carretera que, por Belén, une a Jerusalén con Hebrón o la que, por Jericó, une a Jerusalén con Amman. Yo he recorrido ambas, como miembro de la Misión oficial extraordinaria que, presidida por el Ministro español de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, visitó recientemente los países árabes del Oriente Medio, y mis retinas están aún llenas del terrible espectáculo. Junto a la carretera, entre las oquedades de las rocas o sobre las arenas del desierto, cientos y cientos de improvisadas tiendas, entre cuyos harapos asoman los ojos ávidos de famélicos niños o los insensibilizados rostros de mujeres exhaustas, que ven pasar la vida sin emoción y hasta sin interés. Y, por doquiera, campamentos iguales, con los mismos rostros, las mismas miradas e idéntica miseria.

Son ellos una parte —solamente una parte— del casi medio millón de árabes palestinos a los que el Gobierno de Jordania asiste diariamente con un kilo de harina, y los organismos de las Naciones Unidas con algunas migajas de sus cuantiosos presupuestos para Beneficencia. Son ellos una parte —solamente una parte— de los ochocientos o novecientos mil —¿quién los podrá contar?— que, expulsados de sus hogares y de sus bienes, han emprendido un doloroso éxodo por las tierras jordanas, egipcias, sirias y libanesas para poblar campamentos como éstos, donde anidan el tifus y la tuberculosis. Dejaron a su espalda la guerra, pero no fué la guerra la que les despojó de todo cuanto amaban y de todo aquello de que eran poseedores. Fué un acuerdo de las mismas Naciones Unidas que hoy les socorren con las migajas de su presupuesto: el que, el 29 de noviembre de 1947, creó el artificioso y arbitrario Estado de Israel. Miles y miles de inmigrantes judíos afluyeron a Palestina. Y fueron aposentados en las mismas viviendas y en los mismos predios que la amenaza de la

guerra o la inexorabilidad de la violencia acababa de arrebatarse a la población árabe. Para acabar con una dispersión se provocó una nueva dispersión. Una «Diáspora» árabe ha reemplazado a una «Diáspora» judía. Las discutibles conveniencias diplomáticas se han hecho, en este caso, iniquidad. Y allí están, amontonados en los campos, diezmos por la escasez y las enfermedades, sin ser dueños de nada, casi un millón de niños, de mujeres y de hombres pertenecientes a una raza solidaria que puede perdonar, pero que olvida muy difícilmente.

EL NACIONALISMO ÁRABE

La memoria del árabe no es de hoy, porque el árabe fué ya otro tiempo burlado. Durante los cuatro siglos que duró la dominación turca, había soñado con la independencia. Y fué ese sueño tan mantenido y tan tenaz, que el nacionalismo —el no ser dependiente de nadie— se hizo sustancia de su propia sustancia. Por los años de la primera guerra —la de 1914 a 1918—, ese nacionalismo es exaltado hasta el paroxismo por las potencias del Occidente, es decir, por Francia y Gran Bretaña, que anuncian y prometen la liberación del dominio otomano. Y hasta en la carta que Henry MacMahon, Alto Comisario inglés en Egipto, escribe a Hussein, jefe de la familia hachemí, el 24 de octubre de 1915, le asegura la entrega a los árabes de los territorios de Palestina conforme vayan siendo liberados. Pero todo queda en dos fraudes inauditos. De una parte, la Sociedad de Naciones crea, para los pueblos árabes, la original figura del «mandato», que es tanto como decir una forma disimulada de colonia; y Francia establece un «mandato» sobre el Líbano y Siria, y Gran Bretaña sigue el mismo ejemplo por lo que se refiere a Transjordania y Palestina e incluso al Iraq. De otra parte se produce la semiclandestina «Declaración Balfour» del 9 de noviembre de 1917, por la que, al objeto de asegurarse la asistencia judía en la conflagración, se proclama el propósito de instaurar en Palestina un «Hogar nacional» del pueblo hebreo.

Nada tiene de extraño que los árabes, defraudados y hasta puede decirse engañados, recelen de toda clase de promesas que desde Occidente se les formulen. Como tampoco tiene nada de extraño que su nacionalismo, exacerbado por un trato injusto, se repliegue en sí mismo para recusar todo aquello que no establezca como mayor pre-

misa el logro de sus aspiraciones seculares. Inevitablemente, ese nacionalismo ha adoptado dos formas que, en alguna manera, configuran la posición política presente de las naciones árabes. Vamos a tratar seguidamente de definir las.

Por su espiritualidad religiosa, por su historia, por su sensibilidad e incluso por sus características sociales, ningún pueblo del mundo supera al árabe en su anticomunismo espontáneo. El anticomunismo no es en él una actitud, sino un modo de ser y una naturaleza. Demasiado naturaleza para que no constituya un peligro. Porque nadie en el Oriente Medio se imagina poder ser un día víctima del comunismo, contra el que encuentra las mejores defensas en su espiritualidad concreta y definida. Por estimarlo como un riesgo lejano, acude a lo más próximo, que es esa plenitud de independencia con que soñó desde hace cuatro siglos. Ante sus ojos va tomando cuerpo, por lo que se refiere al Occidente, algo muy parecido a una toma de posición oportunista, que agranda los peligros del comunismo para obtener las mejores ventajas. Las promesas de 1915 se trocaron en una sustitución de dueños. La revalorización militar del Canal de Suez, por ejemplo, ¿no equivaldrá a un ardid para el mantenimiento de las fuerzas británicas en el delta del Nilo? Poco es lo que el Oriente Medio espera del Occidente desde el punto de vista de las realidades. Porque si el *Covenant* de la extinta Sociedad de Naciones fué para ellos un fraude, no menos fraude ha sido en los últimos tiempos Palestina, como bien lo pregona ese casi millón de refugiados en los improvisados campamentos de Jordania, Líbano, Egipto y Siria. Para creer necesitan tocar. Para convencerse de la efectividad de las nuevas promesas quieren que esas promesas se realicen antes. Si lo que los ingleses buscan en Suez es la seguridad del Canal solamente, y no su permanencia, que comiencen por resolver satisfactoriamente el pleito del Sudán. Y este razonamiento puede ampliarse —ellos lo amplían— a los demás países árabes de más o menos precisa estructura colonial, como Libia, como Argelia, como Túnez o como el Marruecos francés.

El peligro a que me he referido es evidente. Porque, mientras tanto, Rusia, que nada pierde con ello, está jugando a estimular el nacionalismo árabe por cuanto contribuye este juego a debilitar de modo progresivo la posición de sus antagonistas en el Oriente Medio. Mediante una hábil táctica, Rusia ha hecho compatible —aun cuando no sea más que en la apariencia— el comunismo con el nacio-

nalismo. Lo que puede llegar a ser halago para aquellos que están en la curva ascendente de su proceso nacionalista. De este modo, el peligro comunista, no sentido por los pueblos árabes de manera inmediata, se distancia y se esfuma. Un nacionalismo exaltado asesina en Teherán a Alí Razmara ante la eventualidad de que pacte con los occidentales. Como otro nacionalismo exaltado asesinó en El Cairo a Noqrachi bachá por su actitud negociadora con los ingleses, y, en Jerusalén, al Rey Abdullah por su política firmemente anglófila. El nacionalismo árabe, exaltado o templado —y a la exaltación tiende cada día un poco más—, es un modo de ser. Lo que no arranque de esta afirmación equivale a construir en el aire.

Pero el nacionalismo árabe no se proyecta sólo al exterior. Cabe hablar de un pueblo árabe, incluso de una nación árabe, pero diversificada, con todas las ventajas y los inconvenientes de la diversificación. Si se descartan las dos grandes unidades de la raza y de la geografía, y, como complemento, la de la economía, la del idioma y —un poco más relativamente— la de la religión, no es mucho lo que las naciones árabes tienen de común. Casi puede decirse que su unificación política rebasa las fronteras del imposible matemático. El Líbano es un país de mayoría cristiana envuelto por un bloque de pueblos musulmanes. Poco tiene que ver, desde el punto de vista religioso, el uahabismo de la Arabia Saudí con el chiísmo hachemí del Iraq y Jordania. La idea de la Gran Siria o del Creciente Fértil, como grandes concepciones políticas, varía sensiblemente en la práctica según se la conciba teniendo por capitalidad un Ammán, un Bagdad o un Damasco. Y, sin embargo, franca la puerta para la integración de otras naciones árabes en un futuro más o menos lejano, siete de entre ellas —Arabia, Egipto, Iraq, Jordania, Líbano, Siria y Yemen— se unieron en la llamada «Liga de los Estados Arabes», cuyo Pacto fué suscrito en El Cairo el 22 de marzo de 1945.

Los fines de este Pacto son concretos: estrechar las relaciones entre sus participantes, coordinar su acción política, salvaguardar sus respectivas soberanías, colaborar en lo económico, en lo cultural y en lo social; reglamentar sus propios litigios y hacer frente a la amenaza de los demás. Pero si sus fines son concretos, no es mucho lo logrado en lo que atañe a eliminar las razones de la diversificación. Nacido principalmente el Pacto con vistas a la urgencia del problema, ya entonces planteado, del establecimiento de un Estado judío en Palestina, sus consecuencias de índole militar no han sido todo lo

eficaces que de él se esperaban, en tanto continúan las diferencias religiosas y políticas, que, cuando la absorción por Jordania de la Palestina árabe y cuando la iniciada ultimación de un acuerdo de paz entre Jordania e Israel, estuvieron a punto de provocar irreparables escisiones. La posible unidad —entiéndase que no hablo de unificación— de las naciones árabes se encuentra aún lejos de una prometedora madurez. Y ello cuando el mundo árabe vive la etapa cumbre del nacionalismo, para cuyo logro se siente maduro hace ya tiempo.

El fenómeno debe ser meditado, porque en él reside la positiva fuerza actual de la Liga Árabe. Las diferencias internas subsisten, pero se suavizan ante la presencia de un común sentir nacionalista. Lo que, dentro, puede ser discrepancia, fuera se hace signo de unidad. No se han borrado —por citar un ejemplo— las fronteras discriminatorias del hachemismo y el uahabismo, pero sería difícil que esas fronteras existiesen cuando uahabismo y hachemismo se plantean el problema de la independencia de Túnez o Argelia. Mientras el colonialismo, sea la que sea su forma, subsista en el Mundo Árabe, su unidad será incontrovertible. No interesa, ni muchísimo menos, al Occidente que esa unidad se desmorone o simplemente se resquebraje. Por el contrario, lo que le importa es consolidarla. Pero de modo que la Liga Árabe deje de ser un factor negativo, que en la actitud nacionalista halla los fundamentos de su vigor, para trocarse en un factor positivo, de colaboración entrañable con los demás. El «divide y vencerás» es una sabia norma, pero para emplearla con los enemigos. Cuando se trata de aliados posibles, y tal vez necesarios, no es dividir lo que conviene, sino sumar.

UN PACTO MEDITERRÁNEO

No por mero recurso literario empecé estas cuartillas con la mención de los espeluznantes campos de refugiados de Palestina. A los pueblos, por lo común, más les hiere la injusticia que el daño. Grave es el daño inferido a los árabes, pero mucho más grave es la injusticia. Y la injusticia sigue subsistiendo. Una injusticia que fomenta el recelo, que aviva las tendencias nacionalistas y que relega a un segundo lugar todas las amenazas de otra índole. Lo que no quiere decir que tales amenazas no sean advertidas.

Al referirse a tales amenazas, claro es que aludó a las del comu-

nismo. Y ello me lleva derechamente de la mano a uno de los problemas que, en el momento actual, más apasionan a las Cancillerías: el de la conclusión de un Pacto de defensa en el Mediterráneo. Quiero advertir que, al abordar tan delicado tema, no debo proceder por cuenta propia, porque he de limitarme a recoger lo que, después de pulsar durante un mes, de manera directa, el sentir del Mundo Árabe, ha adquirido a mis ojos los relieves de una clara evidencia. La opinión personal nada importa. Lo que importa es que, tal vez sin revestir aún formas de solución definitivas, la idea de un Pacto Mediterráneo ha penetrado, entre los árabes, en el terreno de la necesidad. Por lejano que adviertan el riesgo comunista, lo cierto es que lo advierten. El comunismo no es sólo una doctrina, sino una fuerza, que más tiene de fuerza que de doctrina. Y que, en cuanto fuerza, es susceptible de la agresión. A una idea se le puede vencer con otra idea; al ateísmo materialista del comunismo, con la espiritualidad religiosa. Pero para contrarrestar a la fuerza es necesaria otra fuerza mayor o, cuando menos, equivalente. El mundo Árabe se considera —no sé hasta qué punto es razonable esta seguridad— como inmunizado a la infección comunista. No puede considerarse tan seguro frente a un ataque armado que busque, como prendas codiciadas de posesión, la rica producción petrolífera y la insustituible posición estratégica del Oriente Medio. Porque ¿se encuentra el Mundo Árabe en condiciones de rechazar ese ataque en el caso, nada improbable, de que se llegara a producir? Está claro que no. Y los primeros convencidos de ello son los propios árabes.

Frente al poder gigantesco de Rusia, las unidades nacionales representan hoy poco. Si no bastase el ejemplo de Hitler, nos quedaría el de todos los pueblos de la Europa oriental, desde Polonia a Checoslovaquia, uno a uno engullidos separadamente por el coloso que tienen por vecino. El concepto de la defensa nacional ha sido desplazado por el de la defensa colectiva. Máxime en unos pueblos que, como los árabes, padecen una triple y fundamental debilidad: la de la demografía, la de la organización y la de los recursos materiales. Se hacen, por consiguiente, indispensables el contacto, la colaboración y el bloque. En una palabra, la unidad de fines. Pero ¿qué características han de revestir el contacto, la colaboración y el bloque para que esa unidad de fines sea lograda? ¿Basta, para lograrla, con la envejecida y desacreditada fórmula de la alianza militar?

Una alianza militar es, por definición, circunstancial y aleatoria,

encaminada exclusivamente a contrapesar un riesgo urgente. Lo de menos, en ella, es la naturaleza de los sumandos; lo importante es la suma. Pero los árabes no consideran hoy la suma necesaria, porque no creen en la urgencia del riesgo. A la circunstancialidad de la alianza prefieren la intransitoriedad del bloque; al oportunismo de la coincidencia, la vivencia del espíritu y el interés comunes. Por encima de las diferencias de sus componentes, la Liga Árabe es una realidad, llamada a afirmarse y consolidarse de día en día. La integración, en cambio, de los pueblos árabes en un Pacto del Atlántico —dos de sus vecinos inmediatos: Grecia y Turquía, han sido ya integrados en él— tiene que parecerles un disparate, porque, salvo la coincidencia de una eventualidad, en muy poco se sienten solidarios de una Dinamarca, un Luxemburgo o una Islandia. Independientemente de que el Pacto del Atlántico, por su tendencia discriminatoria, de la que España es evidente ejemplo, estimula en ellos el recelo a inclinaciones hegemónicas por parte, precisamente, de las potencias de quienes más les distancian sus reivindicaciones nacionalistas.

Se ha forjado, es verdad, la imprecisa entelequia del llamado «Mando del Oriente Medio», que aspira a algo así como a trasplantar al mar Mediterráneo la idea de un Pacto Atlántico. Pero la confusión —y, por ende, el recelo— sube de punto aquí. De una parte, porque como pilares de ese «Mando» se les presentan, junto a los Estados Unidos, y —como elemento de aproximación— Turquía, las dos naciones —Inglaterra y Francia— de quienes más alejados se sienten. De otra parte, porque, bajo la rúbrica de un indeterminado Oriente Medio, se pretende incluir en el Pacto a naciones que, como Australia y Nueva Zelanda, tienen lo mismo que ver con ese Oriente Medio que Islandia o Canadá. Para pueblos tan susceptibles —y, sobre todo, tan defraudados— como los árabes, hay que jugar con cartas descubiertas. Porque es inevitable en ellos el temor de que, so capa de una alianza presentada como indispensable para hacer frente a un peligro común, se aspire a perpetuar el régimen colonial que tanto les repugna y les irrita.

No se trata, en resumidas cuentas, de coincidencias ocasionales, es decir, determinadas por una circunstancia crítica y pasajera, sino de salvaguardar de modo permanente un espíritu y una cultura que tienen muchas cosas de comunes; no se trata tan sólo de encararse con un riesgo de guerra, sino de hacer que prevalezcan los principios sustantivos de una civilización. De este modo la unión no puede ser

una conformidad, sino una identidad. Para la conformidad bastan las conveniencias de un momento dado. La identidad exige una comunidad fundamental de geografía, de historia, de espíritu, de ideas, de afectos, de intereses y, también, de propósitos. Identidad que, por lo que se refiere al Mundo Árabe, es difícil que tenga otra expresión que la de un Pacto del Mediterráneo, armonizador de todos o casi todos los pueblos ribereños de él, para los que el vínculo solidario de ese mar es algo más firme y más trascendental que una mera expresión geográfica. No es preciso decir que semejante unión —quiero deliberadamente eludir la palabra «alianza»— ha de tener como previos cimientos la adhesión espontánea y la igualdad de trato. Ello equivale a asegurar que se hace indispensable someter a urgente revisión muchas de las ideas políticas y, sobre todo, de los procedimientos aplicados hasta ahora por los occidentales. La presencia en el Oriente Medio de la Misión oficial presidida por el Ministro señor Martín Artajo ha puesto al descubierto, entre otras cosas, la predisposición del Mundo Árabe a una cooperación basada en una más inteligente y realista comprensión de sus problemas. Es evidente que, por la existencia de esa comprensión, casi inédita hasta el momento actual, se han suscitado indebidos recelos en Londres y en París. Pero no es menos evidente que, si de tales recelos se derivan una emulación constructiva y un trato más justo y comprensivo para los pueblos árabes, una de las más firmes finalidades de la visita habrá sido lograda.

EL MUNDO ARABE Y EL HISPÁNICO

Si se llega a la conclusión de la necesidad de un entendimiento del Occidente con el Mundo Árabe, que debe constituir uno de los fundamentos de toda diplomacia rectamente entendida y orientada, habrá que construirlo sobre el cimiento de esa comprensión. Insisto mucho en que el Mundo Árabe no es una mera expresión geográfica. Y, por lo mismo, insisto en que la geografía es sólo un factor más entre los muchos que hay que tener en cuenta para el entendimiento. En los últimos meses, por ejemplo, se viene hablando con insistencia de Yugoslavia al plantearse el problema de un Pacto del Mediterráneo o de un Mando del Oriente Medio. Físicamente, por la sola razón de vecindad, el Mundo Árabe puede sentirse cerca del con-

junto de pueblos esclavizados por el mariscal Tito. Pero todas las restantes razones —el espíritu, las ideas, la cultura, el sistema, los fines...— agrandan las distancias separadoras. En cambio incurriría en un error gravísimo, carente de toda perspectiva política, quien ignorase, o pretendiese ignorar, la existencia de todas esas razones de vinculación del Mundo Árabe con otros pueblos de los que físicamente —sólo físicamente— está muy alejado. No es un producto de la casualidad ni de una circunstancial coincidencia el hecho de que, en casi todas las manifestaciones de la diplomacia internacional, especialmente en el seno de las Naciones Unidas, los puntos de vista árabes se hayan identificado con los de los pueblos hispanoamericanos. Y es que, por encima del enorme foso atlántico, las afinidades de los árabes con los países hispánicos —afinidades de cultura, de espíritu, de moral y hasta de raza— son mucho más profundas y permanentes que las que puedan unirles con naciones próximas, como la Yugoslavia comunista.

No es posible olvidar que, en los países de América, viven actualmente más de dos millones y medio de árabes que, a través de sus comunidades, de sus escuelas y de sus periódicos, mantienen una solidaridad irrompible con sus pueblos de origen. Citaré un episodio revelador. Cuando la Misión española visitó la ciudad de Belén, donde el Señor nació, sorprendiéonos la pureza con que la mayor parte de sus habitantes hablaban castellano. El fenómeno se nos aclaró cuando supimos que, mientras Belén contiene una población de diez mil habitantes, en la América hispana —concretamente, en Méjico, la República Dominicana, Venezuela, Colombia y Perú— viven más de treinta y cinco mil belenistas. Casi todos trabajan, luchan, reúnen unos bienes de fortuna y, al cabo de unos años, regresan a Belén para morir junto a las tumbas de sus antepasados. En su gran mayoría son católicos, y no son los únicos, porque, en el Oriente Medio, sobrepasan la cifra del millón, mientras se acercan a los dos millones los árabes católicos que residen en el continente americano. Según datos que considero muy seguros, sólo el actual Reino hachemí de Jordania —incluida, claro está, Palestina árabe— da un censo de unos diez mil emigrante a América por mes. Se explica así el ardiente interés que en el Oriente Medio se registra por conocer a España y aprender su lengua, porque —caso especial— ni el árabe emigrante ni el repatriado distinguen sustancialmente entre España y la América española. Para ellos existen dos Españas: la del Mediterráneo y

la del Atlántico. Es que advierten la vivencia de un espíritu común, que se prolonga a través de los mares, y en el que ellos —los árabes— participan también, porque en no escasa proporción contribuyeron a formarlo.

Tal realidad —realidad tan palpitante como prometedora— no puede ser desconocida. Y los árabes, ciertamente, no la desconocen. De esta manera, la presencia de España en el Oriente Medio, a través de su Misión oficial extraordinaria, tuvo la validez concreta de un reencuentro. Cuando tantos prestigios se están desmoronando allí, hay dos prestigios mancomunados e inseparables que se afirman y crecen por instantes: el de España y el de Franco, su conductor. Naturalmente, sobre esos dos prestigios es posible edificar toda suerte de amistades y de cooperaciones. Porque si, de un lado, la identificación espiritual es completa, en el Oriente Medio no existen, de otro lado, en cuanto a España, ninguna de las causas de recelo que le alejan de otras potencias del Occidente. Ni España alienta ambiciones de dominio, ni le empujan intereses de discutible licitud, ni ha tenido participación alguna en la última y terrible iniquidad de Palestina, que hoy llena los países árabes de campamentos de refugiados. Por el contrario, saben ellos —y sabemos nosotros— que, aun cuando separados por credos religiosos diferentes, en su espiritualidad y en la nuestra tiene el mundo una de sus más grandes y afirmativas reservas morales.

Debo llegar, con esto, a las conclusiones que previamente me había señalado. Y las conclusiones no pueden ser ni más concretas ni más terminantes. Salta, ante todo, a la vista que el Mundo Árabe, aunque no sea más que por la triple consideración de su espíritu, de su posición estratégica y de su economía, es una realidad inexorable con la que hay que contar. Pero no salta menos a la vista que ese Mundo, injustamente preterido y defraudado hasta ahora, merece y necesita un mejor trato para que se incorpore con plena voluntad a cualquier cooperación militar o política en la que se requiera su participación. El Mundo Árabe, como conjunto de pueblos de historia y tradición probadas, aceptará difícilmente alianzas circunstanciales que le impongan más o menos disimuladas dependencias y servidumbres; pero siempre se inclinará, probablemente, a la unión con países con los que, sin la interferencia de animosidades y recelos, se sienta solidario en la comunidad de un espíritu, de una cultura, de unos principios, de unas ideas, de unos intereses y de unas finalida-

des. Inevitablemente, esa solidaridad tiene dos direcciones: la del Mediterráneo y, a través de España, la del Atlántico. España es, por tanto, el puente afortunado para cualquier efectiva colaboración que con el Mundo Árabe proyecte el Occidente.

Tales son, en síntesis, las enseñanzas más destacadas que parecen desprenderse —dígase lo que, en otro sentido, se haya querido decir— del viaje que la Misión oficial extraordinaria española ha realizado a los países árabes del Oriente Medio, bajo la presidencia del Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo.

PEDRO GÓMEZ APARICIO

